

"Será novicia (se dijo)
"Habrá al convento llegado
"Desde que yo le he dejado;
"No puede otra cosa ser."

La monja en tanto seguía
Los altares arreglando,
Y la seguía mirando
Margarita por detrás;
Y hallaba en todo su cuerpo
Un *no se qué* de estrañeza,
Que aumentaba su belleza
Cuanto la miraba mas.

Habia cierto aire diáfano,
Cierta luz en su contornos,
Que quedaba en los adornos
Que tocaba por do quier;
De modo que en breve tiempo
Que anduvo por los altares,
Viéronse en ellos millares
De luces resplandecer.

Pero con fulgor tan puro,
Tan fosfórico y tan ténue,
Que el templo seguía oscuro
Y en silencio y soledad.
Solo de la monja en torno
Se notaba vaporosa,
Teñida de azul y rosa
Una estraña claridad.

Llegaba hasta Margarita
A pesar de la distancia,
De las flores la fragancia
Que ponía en el altar,
Y ó un infante sueño
La embargaba los sentidos,
O escuchaban sus oídos
Música al lejos sonar.

Y aquel concierto invisible,
Y aquel olor de las flores,
Y aquellos mil resplandores
La embriagaban de placer;
Mas todo pasaba en ella
Tranquila y naturalmente,
Cambiándola interiormente,
Regenerando su sér.

Olvidó la hermosa niña
Sus pasadas amarguras,
Sintió en sí castas y puras
Mil intenciones bullir,
Mil imágenes de dicha,
De soledad y de calma,
Que pintaron en su alma
Venturoso un porvenir.

Su vida era en aquel punto
Un éxtasis delicioso.
Era un sueño luminoso,
Un deliquio celestial;

Un dulce anonadamiento
En que nada la oprimía,
Y en donde nada sentía
Profano ni terrenal.

Solo quedaba en el alma
De Margarita un intento,
Un impulso, un sentimiento
Hácia la monja, de amor;
Que á su pesar la arrastraba
A contemplarla y seguirla,
A distraerla y pedirla
Consuelos á su dolor.

Pues siente que es, Margarita,
Un talisman su presencia
Necesario á su existencia
Desde aquel instante ya;
Y su recuerdo divino
Es á su dolor secreto,
Un misterioso amuleto
Que fé y religion la dá.

Y en ella fijos con ansia
Los ojos y el pensamiento,
La gloria por un momento
En su delirio gozó,
Mientras aquella divina
Aparicion deliciosa
De la bella religiosa
Ante su vista duró.

Tomó al fin su luz la monja,
Y por la iglesia cruzando
Pasó á su lado rozando
Con sus ropas al pasar,
Y sin poder Margarita
Resistir su oculto encanto,
Asióla al pasar del manto
Mas sin fuerzas para hablar.

"¿Qué me queréis?"—Con acento
Dulcísimo preguntóla
La monja.—"¿Me dejais sola,
Dijo Margarita, así?"
—Si no teneis mas amparo,
Contestó la religiosa,
En noche tan borrascosa,
Venid al claustro tras mí.
—Oh! imposible!

—Si os importa
Hablar con alguna hermana,
Volved si gustais mañana.
—Yo hablara....

—Con quién? —Con vos.
—Decid pues.

—No sé qué empacho
La voz al hablar me quita....
¿Cómo os llamais?

—Margarita.
—¿El mismo nombre las dos?
¿Así os llamais?

—Sí, señora,
Y en otro tiempo yo era....
¿Qué oficio teneis?

—Tornera.
—¿Tornera! ¿cuánto tiempo há?
—Cerca de un año.

—¿De un año!
—Diez llevo en este convento
Y en este mismo momento
Cumpliendo el décimo está.

Quedó Margarita atónita
Su misma historia escuchando,
Y el tiempo á solas contando
Que oyó á la monja marcar.
Su mismo nombre tenia,
Y su misma edad, y era
Como ella un año tornera,
Y diez monja.... ¿qué pensar?
Alzó los ojos por último
Margarita á su semblante,
Y de sí misma delante
Asombrada se encontró;
Que aquella ante quien estaba
Su mismo rostro llevaba,
Y era ella misma.... ó su imagen
Que en el convento quedó.

Cayó en tierra de hinojos Margarita
Sin voluntad, ni voz, ni movimiento,
Prensado el corazon y el pensamiento
Bajo el pié de la santa aparicion;
Y así quedó, la frente sobre el polvo,
Hasta que el eco de la voz sagrada
A el alma permitió purificada
Ocupar otra vez su corazon.

Entonces envolviéndola en su manto,
Su cabeza cubriendo con su toca,
El dulce acento de su dulce boca
Dijo á la absorta Margarita así:
"TE ACOGISTE AL HUIR BAJO MI AMPARO
Y NO TE ABANDONE: VE TODAVIA
ANTE MI ALTAR ARDIENDO TU BUJÍA:
YO OCUPE TU LUGAR, PIENSA TU EN MI."
Y á estas palabras retumbando el trueno,
Y rápido el relámpago brillando,
Del aire puro en el azul sereno
Se elevó la magnífica vision;
La Reina de los ángeles llevada
En sus brazos purísimos huía,
Y á Margarita huyendo sonreía
Que adoraba su santa aparicion.

Sumióse al fin del aire trasparente
En la infinita y diáfana distancia,
Dejando en pos suavísima fragancia
Y rastro de impalpable claridad.
Y al volver á su celda Margarita
Volviendo á sus afanes de tornera,
Tendió los ojos por la limpia esfera
Y no halló ni vision ni tempestad.
Corrió á su amado altar, se hincó á adorarle,
Y al vital resplandor de su bujía
Aun encontró la imagen de Maria,

Y sus flores aún sin marchitar.
Y á sus piés despidiéndose del mundo
Que en vano su alma devorar espera,
Vivió en paz MARGARITA LA TORNERA
Sin mas mundo que el torno y el altar.

FIN DE LA LEYENDA CUARTA.

APENDICE A MARGARITA LA TORNERA.

FIN DE LA HISTORIA DE DON JUAN Y SIRENA LA BAILARINA,

I.

A deshora de una noche
Y á la entrada de una calle,
Nublada y oscura aquella,
Esta solitaria y grande,
Aquella escasa de luces,
Y ésta escasa de habitantes,
Pues que solo entre un convento
Y un caseron viejo se abre,
Venía sobre un caballo
Un hombre, que á tientas sabe
Sin duda el sitio que pisa
Pues vá sin ver adelante.
Anduvo cincuenta pasos,
Y del caballo apeándose
Dió en la puerta dos seguidas
Aldabadas formidables.
Sonaron primero en ella,
Despues en las cavidades
De lo interior retumbaron
Y al fin las devoró el aire.
Pasaron tras de los golpes
De silencio unos instantes,
Hasta que de una ventana
Se alumbraron los cristales.
Apareció detras de ellos
Una sombra vacilante
Al reflejo de una luz,
Y tras esto desdoblándose
Las dos hojas de los vidrios,
Con acento lamentable
Dijo una vieja: ¿quién llama?
Y el que llamó dijo:—¿Abre!
—¿Qué queréis?

—Abre, demonio,
¿No me conoces? que baje
Damian por este caballo.
—El es! ¿Jesucristo, valme!
Dijo la mujer en lo alto:
Y la ventana cerrándose
Abrióse al punto la puerta,
Y á oscuras quedó la calle.

En una apartada alcoba
De su casa de Palencia,
Sin otro mal ni dolencia

Que el esceso de su edad,
Don Gil de Alarcón á solas
Con su confesor espera,
Su cercana hora postrera
Con calma y serenidad.

Hombre sin vicios que roen
La vida y la menoscaban,
Los días solo le acaban
Que ya han pasado por él.
Que es el tiempo una carcoma
Que todo á traición lo mina,
Y con mano igual arruina
La cabaña y el dosel.

Y aunque en paz con su conciencia
Muere don Gil, buen cristiano,
Aun hay un recuerdo humano
Que le angustia el corazón:
Hay una idea rebelde
Con fuerza á su mente asida,
Que lucha, no con su vida,
Mas sí con su religión.

Un hijo ¡ay Dios! que tenia,
Por quien se afaná viviendo,
Y por quien llora muriendo
Y que lejos dél está.
Y al Dios en quien cree suplica
Que por piedad le conceda,
Un punto en que verle pueda
Por la vez postrera ya.

El pobre padre impelido
Por su amor y sus virtudes,
Las negras ingratitudes
Olvida de su don Juan,
Y darle el último abrazo,
Darle el último consejo,
Es no mas del pobre viejo
El acojido afán.

—Padre, al confesor decia,
Padre, me acosa una idea.
—¿Cuál es?

—Que mi hijo me crea
Con él airado morir.

Nunca otro fin me propuse
Que su bien y su fortuna.
—Mas no hay esperanza alguna
En que poder consentir!

En busca de los deleites,
Mozo á los deleites dado,
El se partió de mi lado
Y acaso teme volver.

Acaso teme el enojo
De su padre que le adora,
¡Ay Dios! en la última hora,
¿Qué puede de mí temer?

Solo quisiera, os lo juro,
En este trance tremendo,
Poder echarle, muriendo,
Mi paternal bendición.
No hay locura que no olvide,
Dolor que no le perdona,
Ni recuerdo de él que encoña
La ira en mi corazón."

Así decia el buen viejo
De su don Juan acordándose,
Cuando don Juan arrojándose
En sus brazos, exclamó:
"Ya estoy aquí, padre mio,
Ya estoy ante vos de hinojos:
Tornadme, padre, los ojos,
O muero de angustia yo."

Y ambos á dos tiernamente
Padre é hijo se abrazaban,
Y ambos á dos sollozaban...
¡Cosa triste de mirar!

Lloraba el padre de gozo,
Lloraba el hijo de duelo,
El dolor con el consuelo
Los dos gustando á la par.

Perdon le pedia el hijo,
Y le estrechaba asintiendo
El viejo, que al fin cayendo
Sin fuerzas, le dijo así:
"Hijo, levanta y escucha
Mis postrimeros acentos,
Que tengo pocos momentos
Para disponer de mí."

Sentóse á su lado el hijo
Y á solas los dos quedando,
Así el padre siguió hablando
A su fin próximo ya.
Juan, voy á darte mi última
Prueba de amor, y quisiera
Que esta voluntad me fuera
Bien cumplida.

—Lo será.

—Tuyo es cuanto yo poseo
Sin mas condición que una,
Y Dios, Juan, te dé fortuna
Para gozarlo sin mí.

—¿Me juras obedecerme?
Responde, Juan, porque siento
Que se me arranca el aliento:
¿Lo cumplirás?

—Padre, sí,

¿Por cielo y tierra os lo juro!

—Pues bien, junto á Torquemada

En tu herencia vinculada,

Una casita hallarás

Cercada de un huertecillo;

Allí, Juan, mi cuerpo entierra,

Y esta casa y esta tierra,

Juan, no la vendas jamás.

Si algun día (y nunca llegue)

Tus dispendiosas locuras,

O imprevistas desventuras

Te roban cuanto te doy:

Ven á mi tumba escondida,

Que en mi sepulcro al postrarte,

Mi sombra saldrá á ayudarte...

Y ¡adios, Juan, que á morir voy!

—¿Padre!

—¡Adios, Juan, hijo mio!

Siento que estoy espirando,
Adios... y haz lo que te mando,
Porque Dios te ayudará."

Y esto dicho, inclinó el padre
Hacia su hijo la cabeza,
Y él la besó con ternura...
Pero no existía ya.

Tornóse desde este punto
Aquel oculto aposento,
Solitario monumento
De un justo que en paz murió.
Huyóse el alma á los cielos,
Y el vivo que allí quedaba,
Al Dios se la encomendaba
Que ante su sér la llamó.

Y ya próximo al ocaso
El sol del día siguiente,
Turba enlutada de gente
Se vió á Palencia volver;
Y tras de todos un hombre
Que en pié en mitad del camino,
Quedó el lugar por do vino
Estudiando al parecer.

Cerró la noche, y la sombra
Su denso manto tendiendo,
Y á su mirada impidiendo
La distancia penetrar,
Apartar le hizo la vista
De lo que estaba mirando,
Y las espaldas tornando
Viósele en Palencia entrar.

Mas todos, desde aquel día,
Al campo este hombre salía,
Y del campo se volvía
Poco antes de oscurecer,
Y ante las puertas llegando,
Los ojos atrás tornando,
Quedábase atrás mirando
Mientras alcanzaba á ver.

II.

Todo en la tierra pasa,
Todo muere, se estingue ó se deshace;
El duelo y el placer tienen en tasa
Del hombre breve en la existencia escasa,
Flor que se agosta con el sol que nace.

Queda el dolor un día
Dentro del corazón mas amoroso
En lenta y profundísima agonía;
Pero calma el dolor mas riguroso
Y el que mas implacable parecía.

Que así va nuestra vida
Caminando entre gustos y dolores
Como fuente silvestre que escondida
Por el sombrío bosque va perdida,
Zarzas bañando y campesinas flores,

Así don Juan con la memoria triste
Del cariñoso padre acojido,
Vivió con su memoria
En soledad un tiempo retirado,
En jornada diaria
Visitando su tumba solitaria.

Mas sintiendo ceder su amargo duelo
Y el alma serenarse cada día,
Volvió á la sociedad, y halló consuelo
En lo que un tiempo su placer tenia.
Y el consuelo por puntos aumentando
Se iba por puntos en placer tornando.
De su dolor testigos,

Con respetuosas chanzas y caricias
A cercarle volvieron sus amigos,
Y se iba á su presencia despertando
Su corazón, sediento de delicias.
Volvió á reír don Juan, volvió á sus ojos
La viva luz del gozo y la esperanza,
Volvió la soledad á darle enojos,
Y su opulencia le tornó á la holganza.

Sus administradores
Cuentas á darle con afán vinieron
De la herencia feraz de sus mayores,
Y á sus ojos pusieron
Sus pingües rentas, por don Gil dobladas,
Con mil cuidados y con mil dolores.
Tendió don Juan los ojos satisfechos
Por el risueño porvenir, y el mundo
Halló tal vez con límites estrechos
A su deseo libre y vagabundo.

¿De qué me sirve, dijo, esta opulencia,
Estos montones escondidos de oro,
Si en la oscura y pobrísima Palencia
No me sirve de nada mi tesoro?
¿He de gastar en mantas mis doblones,
O he de hacer de continuo á mis queridas
Regalos de peludos bayetones?
Quedarán, vive Dios, agradecidas!
Murió mi padre, duéleme á fé mia!

Pero no es menos cierto
Que yo tambien me moriré algun día;
Y si la vida á divertír no acierto
Comprando mi placer con mi riqueza,
¿No se aprovechará de mi torpeza
Otro mas listo cuando me haya muerto?
¿Adelante, don Juan, viven los cielos!
Menos dicen que son con pan los duelos.
No pasemos la vida

En llorar como imbéciles mujeres;
La riqueza gocemos adquirida
Y hagamos amistad con los placeres.

Y aquí don Juan soltando de repente
Ruidosa carcajada,
Que sin duda escitada
Fué por recuerdo que acudió á su mente,
Siguió diciendo: Y en verdad que ahora
Pillaré descuidada

A mi antigua Sirena encantadora.
Vaya, vaya don Juan, duelos aparte
Y vamos á Madrid, donde á esperarte
Saldrá sin duda alguna
Con los brazos abiertos la fortuna.
¡Madrid, sitio á propósito
Para amorosos y reñidos lances;
De petardos y cábalas depósito,
Y tela de aventuras y percances!
Vámonos á Madrid, es un capricho,
Mas mi padre perdona

Que á Palencia heredándole abandone,
Que Madrid es mi patria, y está dicho.
Damian, en este punto
Los caballos ensilla,
Y el claro sol al despuntar mañana
Que fuera nos encuentre de Castilla.
¡Qué distancia en don Juan menester era
Para obrar y pensar de una manera?
Todo era en él lo mismo, en un momento
Arregló sus negocios
Conforme al concebido pensamiento,
Y á las diez poco mas de una mañana
Salió sobre una yegua jerezana
Mas ligera que el viento,
Y tres dias despues desde la altura
Del cano Guadarrama,
De Madrid contemplaba la llanura,
Donde sus nieves pródigo derrama.

III.

AVENTURAS DE NOCHE Y DIA.

En aquel mismo aposento
De la casa de Sirena,
En que trabó don Gonzalo
Con don Juan una pendencia,
Tienen ahora trabada
Plática amorosa y tierna
La ambiciosa bailarina
Y don Lope de Aguilera.
Ya sabes, lector discreto,
De muy atrás quién es ella;
Voy pues á darte noticias
Del galán que hoy la corteja.
Es don Lope un mozo ilustre
A quien de la edad mas tierna
Sus padres en Salamanca
Dedicaron á las letras.
Aplicóse él de tal modo
O lo hizo de tal manera,
Que se plantó la golilla
De años veinte y dos apenas.
La curia escandalizóse
De tan imberbe colega,
Teniendo á menos el lado
Con justísima vergüenza.
Murmuraron los doctores,
Y alborotóse la audiencia;
Mas él les tapó la boca
Con su suerte y sus riquezas.
Presentóse el noble mozo
Con impávida insolencia
Al tribunal, despachando
Sus negocios con franqueza,
Y sus vuelillos de encaje,
Y sus hebillas con perlas,
Y sus pajes ataviados
Con magníficas libreas,
Apararon los murmullos
E hicieron al fin domésticas
Las voluntades agrestes

De la turba descontenta.
Tornóse el ceño en sonrisa,
En cortesía la befa,
En rendimiento el desden
Y la repulsa en ofertas.
Y en fin, el poder que el mozo
Tener en la corte muestra,
Cambió en baja adulacion
La ojeriza golillesca;
Mas él despues de humillarlos
Dióles no mas por respuesta
De alcalde de casa y corte
La que recibió real cédula.
Pues *rico* en merecimientos
Con tamañas escelencias,
Obtuvo ó compró una toga
Y grande fama con ella.
Dióse con brio á las leyes,
Y aunque legislaba á tientas,
Dió brujas al santo oficio
Y vagos á las galeras.
Dióle ademas la manía
Para adquirir pronta y buena
Fama en la corte, de hacer
En las mozas una leva.
Echó, pues, infatigable
Tras damas de vida incierta
Que tienen por mayorazgos
Lo que de vivos heredan.
Para lo cual de alguaciles
Tenia en campaña puesta
Multiplicada falange
En tales ojeos diestra.
Mas aunque asaz blasonaba
De rectitud justiciera,
Y andaba en continuo acecho
Con astuta diligencia;
Del vulgo siempre maligno
Murmuraban malas lenguas
Que dejaba las bonitas
Y desterraba las feas.
Mas esto alababan otros,
Espionando en su defensa
Que así atendia celoso
De la corte á la belleza;
Y andaba en esto muy justo,
Pues la hermosura completa
Cuanto hay necesario y útil
En esta vida terrena.
¡Pero lo que son las cosas
De mezquindad y de tierra!
La que mas firme parece
Por fragilidad se quiebra.
Este don Lope, que espanto
De las cortesanas era,
Su oro gastaba en secreto
Pródigamente con ellas.
Y á pesar de su faz torva,
De su voz ronca y severa,
Y de su amor á las leyes
Y timorata conciencia,
Se le bailaban los ojos
Al dar con una mozueta

Morenilla y vivaracha,
Desenfadada y resuelta.
Y como hiciese su encuentro
Por alguna callejuela
Escusada y solitaria,
Fingiéndose tomar las señas
De cualquier casa, tendia
Por el embozo tras ella
Los encandilados ojos,
Y ¡qué cintura! ¡qué pierna!
¡Qué rizo tan bien tirado
Alrededor de la oreja. . . .
Qué de perfecciones lindas
En la vision pasajera!
Mas no eran todas las gracias
Del jóven golilla éstas,
Habia otra que era en él
Costumbre y pasion violenta.
Un vicio que conservaba
Allá de su edad primera,
Debilidad ya de antiguo
A la noble gente aneja.
Que era el amor desmedido
A las damas de comedia,
Y en su falta á las graciosas,
Ademas de las boleras.
Porque siempre apetecemos
Lo que mas lejos se muestra,
Lo que menos encontramos
Que á nosotros se asemeja,
Lo de que entendemos menos
Costumbre ó naturaleza.
Por lo que vemos continuo
Conjunciones tan diversas,
Y voluntades tan locas
Por las cosas mas opuestas,
Como enanos por caballos,
Y robustos por recetas,
Y jorobadas por bailes,
Y los pobres por apuestas;
Y duques por bailarinas,
Y por payasos duquesas.
Que hay quien gusta de unas caras
Barnizadas como puertas,
Y á merced del albayalde
Hechas blancas de morenas,
Y de unos ojos que brillan
Bajo dos postizas cejas,
Y de unos ahuecadores
Convertidos en caderas,
Y de unos rizos espesos
Añadidos con destreza,
Y de un punto de que el sastre
Forma pechos, brazos, piernas,
Y cinturas á su gusto
Y al de la flaca ó la gruesa,
Y dá académicas formas
A gente de alambres hecha.
¡Qué diablos! cada cual halla
Donde quiere la belleza,
Y todo es farsa en el mundo
Como dice la comedia.
Y si á don Lope esto agrada

¡A quién su gusto interesa?
Al cabo con ellas anda
Trastornada la cabeza.
¡Qué pié tiene la Felisa!
¡Qué mirada la Lucrecia!
¡Qué movimientos Aurora!
Y qué voz la Berenguela!
Pero sobre todas Diana,
Y sobre Diana Sirena.
¡Qué gracia en la pantomima!
¡Qué rapidez en las vueltas!
¡Y qué garganta! ¡y qué todo!
Desde el momento de verla
Con la vara y la golilla
El buen don Lope dió en tierra!
¡Y qué diablos hay que hacer!
Somos hijos de flaqueza,
Las tentaciones son graves,
Y son cortas nuestras fuerzas.
Cerró don Lope los ojos,
Y tomadas sus secretas
Medidas, abrió sus arcas
A la danzante hechicera.
Cruzáronse para el caso
Dos virtuosísimas dueñas
Corredoras de placeres,
Y lebreles de monedas.
Y en fin, por pasos contados,
Y por doblones sin cuenta,
Llegó el juez hasta las plantas
De la bailarina bella.
Tanto mas, cuanto que á ser
La cosa de otra manera,
Hubiera bailado un solo
Con música de la empresa.
Pues los golillas de entonces
En un dos por tres pudieran
Hacer de un corchete un santo,
Y un testigo de una piedra.
En tal estado se hallaban
Los asuntos de Sirena
Con don Lope, él visitándola
Y recibíendole ella,
Cuando una noche, á deshora
Y estando de sobre-cena
Cruzándose las sonrisas
Por detrás de las botellas,
En el mas dulce coloquio,
Del aposento la puerta
Se abrió repentinamente
Y entróse don Juan por ella.
Y diciendo *buenas noches*,
Señores, y echando á tierra
Capa y chambergo, sentóse
Sin ceremonia á la mesa.
Quedaron los tres mirándose,
Descolorida Sirena,
Don Juan con franco descaro
Y receloso Aguilera.
Así estuvieron un punto,
Y sin comprender apenas
Don Lope y la bailarina
Del de Alarcon la presencia.

Hasta que una carejada
De éste, á todo trapo suelta,
Cambi6 del todo por último
La situacion de la escena;
Cesó de reir don Juan
Y dijo de esta manera,
Cada cual dando á su tiempo
A sus palabras respuesta.

DON JUAN.

Sepamos con quién se habla,
Señor hidalgo. En Palencia
Soy yo don Juan de Alarcon,
¿Quién sois vos en esta tierra?

DON LOPE.

Ya hidalgo me habeis llamado.

DON JUAN.

No tengo aun mas que sospechas
De que sois tal por el traje,
Y vuestra barba de á terciá.
Mas no es esa la pregunta:
Alrededor de esta mesa,
¿Qué nombre usa su merced,
Sea en otra parte quien sea?
Mas veo que os recatais
Y os haré la delantera,
Que es bien que antes os entere
De lo que acontece. Sepa,
Pues, señor mio, que asuntos
De mi familia y hacienda
Me obligaron de esta casa
A hacer una corta ausencia.
Ahora bien, sin mas rodeos,
Pues veis que he dado la vuelta,
El caso es que aquí sobra uno:
¿Quién, pues, se va, y quién se queda?
Si es que comprais, declaremos
Nuestra posesion en venta;
Si lo debéis á la suerte,
La suerte entre ambos resuelva;
Y ó al que le toque la pierde,
O quien dé mas se la lleva,
O de quererla los dos,
Espada en mano, y afuera.
Elegid.

—El juez que en tanto
Todas sus razones pesa,
Y en todo evento prefiere
No dar razon de quién sea,
Dijo, convengo en tirarlo
Al azar.

—En hora buena.
Echóse don Juan al punto
La mano á las faltriqueras,
Y dijo al sacarla:—véamos,
Yo dejo el puesto si acierta.

¿Hay pares ó nones?

—Pares.
—Contad, pues, esas monedas,
Y echó don Juan en un plato
Nueve onzas en nueve piezas.
—Perdí, dijo el juez, y el otro

Que adivina lo que piensa,
Díjole: meted espadas
Si los oros no os contentan.
—A poder en este instante,
¿Juro á Dios que las metiera!
—¿Qué inconveniente tenéis?
Declaradlo con franqueza,
Que aunque siempre estoy á punto
De empezar una quimera,
Cuando me señalan plazo
Ninguno me mete priesa.

Miróle el juez de soslayo,
Y por bajo de las cejas
Chispeándole los ojos,
Tomó á espacio la escalera,
Oyéronse sus pisadas
Irse alejando por ella,
Y oyóse alzar la aldaba
Y el golpe que dió en la puerta.

SIRENA.

¿Señor don Juan, qué habeis hecho!
Todo lo habemos perdido.

DON JUAN.

¿Pues quién es? ¿es tu marido?

SIRENA.

No.

DON JUAN.

Pues justo es mi derecho.
Ya viste que le propuse
Para adquirirse tu amor,
Azar, dinero y valor,
No hay, pues, de que se me acuse.

SIRENA.

¿Ay don Juan, que lleva ese hombre
La intencion mas depravada!

DON JUAN.

¿Acaso estoy sin espada?

SIRENA.

Cuando yo os diga su nombre
Temblareis...

DON JUAN.

¿Su nombre acaso
Es un volcan ó una mina,
Que está ardiendo á la sordina
Y esperando nuestro paso?

SIRENA.

Ese hombre á quien provocais
Es el alcalde Aguilera.

DON JUAN.

No me parece una fiera.

SIRENA.

¿Ay de vos si con él dais!

DON JUAN.

Y ¡ay dél sin conmigo da!
Mas niñerías aparte,
Puesto que vuelvo á encontrarte,
Dí, niña, ¿cómo te va?
—Bien, ¿y á vos?

—Famosamente.
—¿Y Margarita?
—No sé
¿Vive Cristo! ni quién fué
La tal mujer.

—Bravamente!
¿Y don Gonzalo?

—Buen lance
El suyo! ¡y qué bien riñó!
Mas para otro mundo echó,
Y ya el diablo que le alcance.
—¿Le matásteis?

—¿Y qué hacer?
Se empeñó en hallar venganza
A causa sin esperanza,
¿Qué habia de suceder!
—¿Pobre muchacho!

—Eh! dejemos
En paz á quien ya no existe,
Y que no llegue lo triste,
Sirena, á tales extremos.
¿Qué te importa don Gonzalo,
Mientras yo contigo esté?
Páreceme, por mi fé,
Que no va el mundo tan malo.
Bebe, y levanta esos ojos
A la luz de la bujía,
Volvamos á nuestra orgía,
Y... echemos estos cerrojos,
Por si acaso.

—Y esto hablando
Don Juan, cerró bien las puertas,
Llenó su vaso, y... no pudo
Mas alcanzarse de afuera.
Porque sin duda cansado
Del viaje abrevió la cena,
Y en brazos cayó del sueño
Tras de poca resistencia.

Las nueve daban apenas
De la mañana siguiente,
Y don Juan con la Sirena
En pláticas bien alegres
Concluido el desayuno
Estaban entrenándose,
Cuando interrumpió su gozo
Inesperado accidente.
Pálida y despavorida
Llegó la doncella Irene,
Diciendo: ¿señor, salvaos!
—¿Qué dices, loca?

—Que vienen
A prenderos.

—¿A mí?
—A vos.
Y os acusan de una muerte
Hecha en esta misma calle.
—Sirena, ¿qué enredo es este?
¿Ay! ¡huid, don Juan, huid!
Y no extrañéis que os recuerde
La muerte de don Gonzalo.
—¿Vive Dios!
—Ved que quien quiere

Prenderos es Aguilera.
—¿El! ¡por vida mia! ¡que entre!
—Ved que son muchos.
—No importa.
—Por Dios, don Juan.

—¿Bah! tenerse
Siempre á mi espalda y dejarlos.
Y asiendo bizarramente
Su larga espada, don Juan
A abrirles la puerta fue.
Presentóse en ella al punto
Don Lope con sus lebreles,
Y grande acompañamiento
De curiosos y de gentes;
Y en sus miradas de triunfo
Bien claro don Juan advierte
El poder que la venganza
Dentro de su pecho ejerce.
Pero no es hombre don Juan
Que á nadie en orgullo cede,
Y así con desden altivo
Aguarda á que el juez empiece;
El cual con sonrisa doble,
Que harto á burla se parece,
De esta manera le dice,
Y don Juan á él de esta suerte:

DON LOPE.

—¿Quién es don Juan de Alarcon?
—Yo soy, buen hombre, ¿qué quiere?
—Que se dé al rey.

—¿Con qué causa?
—Hoy su magestad pretende
Que en un sillón duradero
En su presencia se siente.
—Pues dadle al rey muchas gracias,
Que yo no quiero de reyes
Mas que los bustos que corren
En sus monedas.

—No intente,
Señor galán, resistirse,
Que en sangre teñidas tiene
Las manos, y de un tal Bustos
He sido yo algo pariente.
—¿Hola! ¿Sabeis esa historia,
Y esa sangre os pertenece?
Pues no intenteis, seor golilla,
Que con la vuestra se mezcle,
Porque quien vertió la una
A verter otra se atreve.
—¿Ea, maneebo, ya basta!
¿Espada y persona entregue,
O vive Dios!...

—Norabuena,
Por ella quien guste llegue,
Que por el puño la tengo.
—Pues á él, ministros, prendedle.
—Pues, señor juez, adelante,
Y salga lo que saliere.

Así diciendo don Juan
Con la cuadrilla arremete,
Sentando en ella sin tino
Estocadas y reverses.